



“¡Indio después del hombre y antes de él!”
César Vallejo (Telúrica y magnética)

1. EL FULGOR DE LAS PALABRAS: JOSÉ MARÍA ARGUEDAS EL COMUNICADOR

José María Arguedas fue un comunicador polivalente en sus modos de expresión, como poeta, narrador, ensayista, etnólogo, intérprete, traductor y activista cultural que supo “volcar, en la corriente de la sabiduría y el arte del Perú criollo, el caudal del arte y la sabiduría del pueblo andino”, basado en el principio de considerar siempre la realidad del Perú como una fuente infinita para la creación. Se definió a sí mismo como “*un peruano que orgullosamente, como un demonio feliz, habla en cristiano y en indio, en español y en quechua*”, que “*deseaba convertir esa realidad en lenguaje artístico*”.⁽¹⁾

Brilla en sus obras una textualidad etnoliteraria de carácter multicultural e intercultural situado en un universo multilingüístico que luce la vida y la naturaleza en sus diversas circunstancias vitales.

Nuestro Premio Nobel de Literatura, Mario Vargas Llosa, ha escrito: “*Aunque he dedicado al Perú buena parte de lo que he escrito, hasta donde puedo juzgar la literatura peruana ha tenido escasa influencia en mi vocación. Entre mis autores favoritos, esos que uno lee y relee y llegan a constituir su familia espiritual, casi no figuran peruanos, ni siquiera los más grandes, como el Inca Garcilaso de la Vega o el poeta César*

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS EN TRUJILLO Y EL PODER DE LAS PALABRAS

Eduardo Paz Esquerre

Universidad Privada Antenor Orrego.
Coordinador Académico del Simposio

“Sociedad y Cultura Andina en José María Arguedas”

Vallejo. Con una excepción: José María Arguedas. Entre los escritores nacidos en el Perú es el único con el que he llegado a tener una relación entrañable, como la tengo con Flaubert o Faulkner o la tuve de joven con Sartre”. Líneas antes, Vargas Llosa había escrito: “Entre todos los escritores peruanos el que he leído y estudiado más ha sido probablemente José María Arguedas”. Efectivamente, fruto de la integración de los diversos estudios que escribió sobre Arguedas durante muchos años, desde 1955 a 1994, es el libro *La utopía arcaica, José María Arguedas y las ficciones del indigenismo*.⁽²⁾ Hay quienes consideran a Vargas Llosa como uno de los más grandes admiradores, y a la vez detractores, de José María Arguedas por lo que escribió sobre él en este volumen.

La fama póstuma de Arguedas se acrecienta cada vez más como puede apreciarse en la reedición constante de su literatura, en ediciones formales y ediciones pirata, y en la aparición abundante de estudios puntuales sobre sus novelas, cuentos, poemas y ensayos, así como sobre su vida misma que dan más luz al conocimiento de este ilustre peruano, tanto en el Perú como en el extranjero. Ello ha llevado a decir a Marco Martos que “*ahora es imposible ser absolutamente original cuando se habla o se escribe de Arguedas*”.⁽³⁾ Habría que decir que no se trata de ser original sino de compartir miradas, perspectivas de comprensión y apreciación, así como maneras de acercarse a los diversos sentidos, vivencias y significados de una obra que conmueve el corazón del lector. Celebración y fiesta.

Los ámbitos narrativos de Arguedas, aparte de

los valores estético-literarios presentes de uno u otro modo en la multiplicidad de sus páginas, también fueron creciendo espacialmente, como declaró él mismo al publicar su penúltima novela, pues los cuentos de su primer libro, *Agua* (1935), giran sobre la vida de un pueblo pequeño, San Juan de Lucanas; su segundo libro, la novela *Yawar Fiesta* (1941), describe una provincia, la de Lucanas con su capital Puquio; luego su novela *Los ríos profundos* (1958), cubre un Departamento, Abancay, conectado al Cuzco; y su novela *Todas las sangres* (1964), en un afán totalizador, se esfuerza en retratar todo el Perú como mosaico de razas, regiones, culturas, tradiciones, clases sociales, indios, blancos, mestizos, ricos y pobres; y en donde asoma la injusticia, la desigualdad y el sufrimiento.

2. EL SER EN LAS PALABRAS: VIVENCIA DE LO SAGRADO

Hay muchos aspectos que se pueden analizar y destacar en la obra de Arguedas. Depende de las resonancias que el texto tenga en cada lector, en el marco de los ambientes, personajes y sucesos que se encadenan en la historia que se nos cuenta y en el marco de los sentimientos, pensamientos y estados de ser que puedan brotar en el lector en el proceso de la lectura. En mi caso, quiero destacar algunos pasajes que como destellos de algo trascendente, por encima de la dinámica natural del accionar de los personajes, se manifiesta en algunos de los textos arguedianos. Es evidente que para ser escritor, narrador, hay que tener una curiosidad infinita. Y en algunos implica saber abrir los ojos para mirar la luz que emanan las cosas y los seres, hablando metafóricamente. Encontrar lo que llamamos lo esencial de la vida es hallar apenas la punta de la raíz que nos haga crecer hacia un nuevo extremo de los esplendores trascendentes de la posibilidad humana. Se trata de ver más allá de lo evidente, y, por lo tanto, de construir, a través de las palabras, representaciones simbólicas capaces de comunicar estados trascendentes del ser, muy sutiles, en el que se producen revelaciones, manifestaciones plenas de conocimientos específicos, como por ejemplo, en la narrativa de Arguedas, que un arpista indio toque, súbi-

tamente, melodías nunca oídas, que el río le ha dictado directamente al corazón, en la pak'cha (salto de agua) secreta del arpista. En algunos relatos de Arguedas podemos encontrar, incrustado como solitario diamante, a lo largo de alguna rocosa ladera narrativa suya, este tipo de descripción impregnada de un fluido mágico. Veamos este pasaje tomado de su novela corta *Diamantes y pedernales* (1954):

“¡Pero a qué iba el Upa? ¡A qué iba, si en ese pueblo había más de veinte arpistas famosos que tocaban en competencia durante las fiestas de la capital y de todos los pueblos circundantes? Ellos eran los creadores de las melodías que después se difundían en quinientos pueblos, hacia todas las regiones. La noche del 23 de junio esos arpistas descendían por el cauce de los riachuelos que caen en torrentes al río profundo, al río principal que lleva su caudal a la costa. Allí, bajo las grandes cataratas que sobre roca negra forman los torrentes, los arpistas “oían”. ¡Sólo esa noche el agua crea melodía nuevas al caer sobre la roca y rodando en su lustroso cauce! Cada maestro arpista tiene su pak'cha secreta. Se echa, de pecho, escondido bajo los penachos de las sacuaras; algunos se cuelgan de los troncos de molle, sobre el abismo en que el torrente se precipita y llora. Al día siguiente, y durante todas las fiestas del año, cada arpista toca melodías nunca oídas. Directamente al corazón, el río les dicta música nueva. ¡Qué, pues, iba a hacer entre esos maestros el upa Mariano!”⁽⁴⁾

Asistimos, en diversos pasajes de la obra de Arguedas, a un diálogo con el trasmundo, con lo numinoso, con lo trascendente invisible, lo supra racional, vinculado a través de la ceremonia, la música y la danza, con valores simbólicos, estéticos y emocionales, y en donde la mente intuitiva da frutos abundantemente.

En el cuento *La agonía de Rasu Ñiti*, el narrador explica que el genio de un dansak depende de quien vive en él. Puede ser el espíritu de una montaña (wamani); el de un precipicio cuyo silencio es transparente; o el de una cueva; o el de la cascada de un río que se precipita de todo lo alto de una cordillera; o, quizá, sólo un pájaro o un insecto volador que conoce el sentido de los abismos.

Vargas Llosa, comentando este bello cuento, escribe:

“El narrador que en el relato muda de impersonal a implicado –de tercera a primera persona–, para instruir al lector sobre el significado mítico y religioso de lo que está ocurriendo, desvela, al mismo tiempo que cuenta la muerte del dansak', las presencias secretas –espíritus materializados en precipicios, toros áureos, cascadas o pájaros- que mueven los músculos y deciden los movimientos de los bailarines, animan los compases de la música y, en última instancia, tejen y destejen los destinos humanos, en este mundo mágico y sagrado, inmunizado contra el tiempo y la historia”.⁽⁵⁾

Para Julius Évola el numen no es un ser o una persona, sino una fuerza desnuda, que se caracteriza por su facultad de producir efectos, actuar, manifestarse. El sentido de la presencia real de estos poderes, de lo numinoso, como algo trascendente e inmanente, maravilloso y temible a la vez, constituía la sustancia de la experiencia original de lo sagrado –afirma– en las civilizaciones tradicionales de la antigüedad.⁽⁶⁾

Albert Einstein dijo alguna vez: “La mente intuitiva es un regalo sagrado y la mente racional es un sirviente fiel. Hemos creado una sociedad que honra al sirviente y ha olvidado el regalo”.

Los cerros, las montañas hablan, a través del Auki (el espíritu de la montaña), al varayok', al alcalde indio, al laik'a, al brujo de la comunidad, o a los danzantes con capacidad extrasensorial de oírle, como el danzak Rasu Ñiti que escucha a su Wamani (el espíritu o dios de la montaña) presentándose en figura de cóndor y es él quien hace de Rasu Ñiti un eximio danzak; y a él le dirigen sus invocaciones de fuerza y valor. El nevado K'arwarasu es el auki de los moradores de Lucanas. Lo es también, en el cuento *El Ayla*, el cerro Arayá, a quien llaman “el padre Arayá”.

En el capítulo VI (Zumbayllu) de *Los ríos profundos*, el personaje principal, el niño Ernesto, es un alumno de un colegio regentado por curas que se va a enfrentar, en una pelea previamente pactada, a un compañero de internado. Sufre los vaivenes, las contradicciones, de una doble religiosidad: la católica, que le enseñan los curas, y la andina que ha aprendido en la comunidad donde se ha criado. No puede encomendarse al dios cristiano, no siente una

comunicación con él en el rito del santo rosario que todas las noches les obligan a participar, y opta por hacerlo con el cerro sagrado de su pueblo:

“Por la noche, en el rosario, quise encomendarme y no pude. La vergüenza me ató la lengua y el pensamiento.

Entonces, mientras temblaba de vergüenza, vino a mi memoria, como un relámpago, la imagen del Apu K'arwarasu. Y le hablé a él, como se encomendaban los escolares de mi aldea nativa, cuando tenían que luchar o competir en carreras y en pruebas de valor.

–¡Sólo tú, Apu y el Markask'a! –le dije–. ¡Apu K'arwarasu, a ti voy a dedicarte mi pelea! Mándame tu killincho (cernícalo) para que me vigile, para que me chille desde lo alto. ¡A patadas, carago, en su culo, en su costilla de perro hambriento, en su cuello de violín! ¡Ja caraya! ¡Yo soy lucana, minero lucana! ¡Nakak!

Empecé a darme ánimos, a levantar mi coraje, dirigiéndome a la gran montaña, de la misma manera como los indios de mi aldea se encomendaban, antes de lanzarse en la plaza contra los toros bravos, enjalma-dos de cóndores.

El K'arwarasu es el Apu, el dios regional de mi aldea nativa. Tiene tres cumbres nevadas que se levantan sobre una cadena de montañas de roca negra. Le rodean varios lagos en que viven garzas de plumaje rosado. El cernícalo es el símbolo del K'arwarasu. Los indios dicen que en los días de Cuaresma sale como un ave de fuego, desde la cima más alta y da caza a los cóndores, que les rompe el lomo, los hace gemir y los humilla. Vuela, brillando, relampagueando sobre los sembrados, por las estancias de ganado, y luego se hunde en la nieve.

Los indios invocan al K'arwarasu únicamente en los grandes peligros. Apenas pronuncian su nombre el temor a la muerte desaparece”.⁽⁷⁾

Estos ejemplos son un acercamiento al sentimiento o vivencia de lo sagrado en la obra de Arguedas. Los ríos profundos de la conciencia andina, ancestral, de nuestro autor, fluyen a borbotones en sus cuentos, novelas y trabajos antropológicos.

3. EL TESORO DE LAS PALABRAS: JOSÉ MARÍA ARGUEDAS EN TRUJILLO

José María Arguedas estuvo en Trujillo, probablemente por primera vez, en algún momento de la primera mitad del año 1942, época en que había sido

destacado al Ministerio de Educación, Lima, a fin de que colabore en la reforma de los Planes de Educación Secundaria. Ya había publicado en 1941 su novela *Yawar Fiesta*. La huella de su paso por la provincia de Trujillo, y más específicamente por el valle de Chicama, es su artículo titulado *El valor documental de la Fiesta del Señor de la Caña*, publicado en el suplemento dominical del diario **La Prensa**, de Buenos Aires, Argentina, el 30 de agosto de 1942. Dedicado a trasladar a las palabras los tesoros de la diversidad temática del arte y cultura populares y los valores etnológicos del Perú, describe en dicho artículo la presencia de más de cincuenta conjuntos de bailarines que danzan en fila delante del trono del Señor de la Caña en la hacienda Chiclín: “una corriente polícroma, frenética, contradictoria e impresionante de danzarines auténticos e improvisados, de verdaderos conjuntos venidos del corazón de la sierra y de torpe gente disfrazada que baila sin ton ni son; de 'diablos' costeños que danzan con lujuria, de zapateadores emponchados y de espuela, de 'chunchos' y 'negros'; un gran tumulto informe que danza al compás, cada cual de música distinta, tocada a todo vuelo o al mismo tiempo en toda clase de instrumentos indígenas y modernos”.⁽⁸⁾

Comenta que los 'aradores' forman un conjunto extraño y original, que no ha visto en ninguno de los pueblos que conoce, y describe las características de su danza. También describe al conjunto 'los cóndores', que vienen de Chuyuguay y bailan una especie de danza guerrera y se agachan para agitar las alas. Señala que esos 'cóndores' muestran su verdadero genio y esplendor danzando con el pesado moverse de los señores del aire, de los aukis sagrados del cielo, para ser el alma de la fiesta, como si la imagen mítica, viviente y protectora de los altos cerros —dice— hubiera bajado a participar de los bailes del pueblo de Chiclín y a posarse en la plaza iluminada de sol. También describe al conjunto los 'ingas' que vienen de Otuzco a esta fiesta. Considera que la feria que genera la fiesta del Señor de la Caña en el valle de Chicama, valle eminentemente productor de caña de azúcar, tiene un inapreciable interés documental para el estudioso y para el visitante.

La segunda estadía de Arguedas en Trujillo, que yo tengo conocimiento, se produjo el año 1964. De

ella soy testigo de excepción y me permitió apreciar la sensibilidad y grandeza de un hombre bueno, de un científico que escribía ensayos de etnología y folklore, sin dejar de ser un artista, narrador y poeta. Un hombre capaz de sentir y volcar su ternura, con la misma generosidad, a los seres humanos, los animales y el mundo natural.

Tenía yo entonces veintidós años de edad y formaba parte del Grupo Literario Trilce, pletórico de afanes literarios, junto con Teodoro Rivero Ayllón, Eduardo González Viaña, Jorge Díaz Herrera, Juan Morillo Ganoza, Juan Paredes Carbonell, los hermanos Manuel y Mercedes Ibáñez Rosazza, Santiago Aguilar Aguilar, Rogelio Gallardo Bocanegra, Cristóbal Campana Delgado, Manlio Holguín Gómez, Armando Reyes Castro, Gerardo de Gracia Velásquez, entre muchos otros. Un grupo de jóvenes poetas, narradores, ensayistas, dramaturgos y pintores llenos de aspiraciones estéticas. Un grupo que se reunía en cualquier parte, para hablar de poesía, literatura, arte y otros temas de interés humano. Los lugares de reunión eran, entre otros, la pequeña biblioteca del Seminario de Letras de la Universidad Nacional de Trujillo, que existía entonces en la calle Diego de Almagro; el Bar Café Demarco, de la calle Pizarro, al que concurríamos con muchísima frecuencia; alguna plazuela o algún bar de la ciudad o la playa de Huanchaco. “*Soñábamos mucho más de lo que éramos* —ha escrito hace poco Eduardo González Viaña—. *Dos terceras partes de nuestra alma estaban ocupadas por los sueños como ahora lo están por el recuerdo*”.

José María Arguedas llegó a Trujillo en el mes de junio de 1964 en su condición de Director Nacional de la Casa de la Cultura, cargo público que ejercía desde agosto de 1963. Venía a visitar la filial en Trujillo de dicha Casa de la Cultura, en su empeño de conocer su problemática y reorganizarla para mejorar los servicios que ofrecía. Estuvo algo más de una semana.

Cuando nos enteramos desde el primer día de su presencia, muchos de los muchachos del grupo Trilce lo buscamos y nos reunimos con él, casi todos los días. El nos acogió con mucho cariño y apreció nuestro interés por escucharle, por aprender de él, de su experiencia de escritor. Varios miembros del Grupo

le alcanzaron sus composiciones, poemas y cuentos, que él leía y comentaba o aconsejaba a sus autores.

Yo le alcancé un manojito de unos veinte poemas míos. Se entusiasmó con ellos tanto que, al día siguiente, aprovechando una reunión con los muchachos del Grupo Trilce, en la salita de lectura del Seminario de Letras antes aludido, hizo un pequeño conversatorio sobre ellos y pidió datos sobre mí a mis amigos. Había un poema que le gustó sobremanera. Al día siguiente, por la mañana, me invitó a desayunar en el comedor del Hotel de Turistas donde se alojaba, que así se llamaba entonces el hotel que está ubicado en la Plaza de Armas de Trujillo. Él estaba acompañado del contador general de la Casa de la Cultura de Lima, un señor calvo. Arguedas me dijo: “Eduardo, voy a publicar este poema tuyo –señalando uno– en la revista “Cultura y Pueblo”. “Cultura y Pueblo” era una revista de la Casa de la Cultura, en Lima, bajo su conducción, dirigida al gran público, rica en temas literarios, etnológicos y folklóricos. Y, dirigiéndose al contador, sentado en la mesa con nosotros, le dijo: “¡Hay que pagarle sus derechos de autor!” Y le indicó que me pagara la suma de cien soles, que, por el valor adquisitivo de la época, me parecía bastante dinero, quizá como mil soles de hoy. Salí feliz de ese desayuno. Cuando se corrió la voz de este hecho entre mis amigos del Grupo Trilce y otros, alguien me dijo que era el poeta joven mejor pagado del Perú, por la suma que había recibido por un solo poema.

Arguedas, un hombre que luchó con las palabras y murió por sentirse ya incapaz de seguir utilizándolas para expresar su arte, había escogido entre mis poemas, este, en 1964, para que se publicara y que, pienso, tiene relación con las crisis internas de creador que ya sufría y por eso sintió más mis palabras, que también expresaban mi propia crisis existencial de esa edad de mi juventud:

*Yo puedo repetir el nombre o la palabra
que se quedó flotando llanto
en la mirada.
(Hay que meter un hombre en la palabra)
Es como mirar inútilmente el rostro
de la gente,
como poner interrogantes a toda respuesta
afirmativa que nos dan.*

*¿El último hombre en el Hombre
dónde queda?*

*Las palabras, agitadas, crecen insultando
tanta muerte por nada.*

*Las latas chancadas de basura
(esculturas modernas cinceladas
en el dorso del silbido)*

se amotinan en las calles.

Las palabras se agitan.

Extorsión. Mitin. Distorsión. Motín.

Sufrir de las palabras.

Huelga.

Acuchillación de las palabras.

Las palabras.

¡No es posible!

(Hay que meter un hombre en la palabra)

La caída no debe caer sin beneficio.

En la palabra, nueva inyección de palabras.

Ayudar a la palabra que no puede

cargar su fuerza en el oído;

engordarla en el milésimo

de tinta o luto.

Que se inflen.

¡Que se inflen!

El poema no llegó a publicarse en la citada revista, pues Arguedas renunció al cargo de director de la Casa de la Cultura en agosto de 1964, en solidaridad con Carlos Cueto Fernandini, Presidente de la Comisión Nacional de Cultura, quien había renunciado a sus funciones ante la hostilización sistemática de la mayoría parlamentaria del momento. Sin embargo, el manojito de poemas que le di a leer sí tuvo, globalmente, mejor suerte ese mismo año, pues, organizado como poemario y con el título de “La puerta desclavada”, resultó ganador del Galardón Especial la Espiga de Oro y Diploma de Honor otorgado por la Asociación Nacional de Productores de Arroz y la Municipalidad Provincial de Pacasmayo, por ocupar el primer lugar en el Concurso Nacional de Poesía celebrado con ocasión del primer centenario de creación de la provincia de Pacasmayo. Este fue el primer galardón literario que gané en mi vida, gracias a Arguedas a quien sentí como mi mentor, el que me estimuló en esta modesta faceta literaria de mi vida.

Una de esas noches de su estadía en Trujillo, le acompañé a una conferencia que dio en el local del partido político Acción Popular, que quedaba entonces en la calle Mariscal de Orbegoso, donde habló, con mucha emoción, de los mitos, leyendas y arte popular del Perú, así como de la riqueza folklórica de nuestra nación. Allí aprendí a amar más el Perú profundo y empezó mi interés por recopilar mitos y leyendas de nuestra región. Fruto de ello será, años después, mi libro “Tradición oral del Departamento de La Libertad”, que en 1977 resultara ganador del primer premio en un concurso sobre tradiciones liberteñas.

Arguedas consideraba que los muchachos de entonces del Grupo Trilce necesitaban mayores estímulos para afinar sus respectivas vocaciones literarias. Me invitó a que le visitara en Lima. Efectivamente, alguna semana después me recibió en su oficina de la Casa de la Cultura en la capital. Preocupado por este grupo de jóvenes trujillanos con

sueños literarios, cogió el teléfono y llamó a Alberto Escobar, el profesor universitario a quien el más quería y admiraba, especialista en lengua y literatura, y lo comprometió a que viajara inmediatamente a Trujillo, disponiendo para ello que le giraran pasajes en avión y lo necesario para sus gastos de estadía. Luego me invitó a almorzar en su casa; todavía estaba casado con Celia Bustamante. En su casa me proporcionó cinco libros de poesía que quería que yo leyera para afinar mi formación. Uno de ellos era una antología de poesía francesa, del cual recuerdo un verso de Lautreamont: “Dicen que soy el hijo del hombre y de la mujer. Bah, creía ser más”.

Alberto Escobar, atendiendo la petición de Arguedas, estuvo en Trujillo unos días en el mes de julio de 1964. Conversó, aconsejó y leyó textos de algunos miembros del grupo, dictó una conferencia en la Biblioteca Municipal de Trujillo y, además, visitó la campiña de Moche, pues, como lingüista, estaba interesado en escuchar el habla de los cam-



José María Arguedas estuvo en la hacienda Chiclin, valle de Chicama, provincia de Trujillo, Departamento de La Libertad, a comienzos de la década del cuarenta. De esa visita escribió el artículo “El valor documental de la fiesta del Señor de la Caña”, publicado en el diario La Prensa, Buenos Aires, Argentina, el 30 de agosto de 1942.

pesinos mocheros; es decir, el modo que estos tuvieron de pronunciar el castellano.

Estas son algunas anécdotas sobre la generosidad y el aprecio de Arguedas hacia un grupo de jóvenes trujillanos amantes de la literatura y las artes, que comparto con ustedes. A partir de ese mismo año, casi simultáneamente, se publican en Trujillo los primeros libros de varios de los integrantes del Grupo Trilce: de Santiago Aguilar, “Tinieblas elegidas”; de Eduardo González Viaña, “Los peces muertos”; de Juan Morillo Ganoza, “Arrieros”; de Juan Paredes Carbonell, “Biografía del amor sin nombre”; de Claudio Saya, “Fuego”; de Jorge Díaz Herrera, “Orillas”; de Mercedes Ibáñez Rosazza, “Explicación de los días”; de Manuel Ibáñez Rosazza, “Cotidiano es el viento”; y de Eduardo Paz Esquerre, “La puerta desclavada”.

4. LA AGONÍA DE LAS PALABRAS: EL RENACER DE LAS SEMILLAS

El poeta Alejandro Romualdo señalaba que “el primer compromiso de José María Arguedas acontece en el dominio de la lengua. En el compromete la integridad de su ser y de su existencia. Es un compromiso agónico”. Siguiendo a Mariátegui, entiende que agonía quiere decir lucha, pues agoniza aquel que vive luchando contra la vida y contra la muerte.⁽⁹⁾ También una lucha por ser en el acto de expresarse y comunicar la totalidad de su mundo.

Arguedas mismo describió tempranamente esa tensión angustiante en su ser, en un artículo publicado en el diario La Prensa, de Buenos Aires, Argentina, el 24 de setiembre de 1939, con el título de “Entre el kechwa y el castellano la angustia del mestizo”:

“Cuando empecé a escribir, relatando la vida de mi pueblo, sentí en forma angustiante que el castellano no me servía bien. No me servía para hablar de la ternura que sentíamos por el agua de nuestras acequias, por los árboles de nuestras quebradas, ni menos aún para decir con toda la exigencia del alma de nuestros odios y nuestros amores de hombre. Porque habiéndose producido en mi interior la victoria del indio, como raza y como paisaje, mi sed y mi dicha

lo decían fuerte y hondo en kechwa. Y de ahí ese estilo de Agua, del que un cronista decía en voz baja y con cierto menosprecio, que no era ni kechwa ni castellano, sino una mistura. Es cierto, pero sólo así, con ese idioma, he hecho saber bien a otros pueblos, del alma de mi pueblo y de mi tierra”.⁽¹⁰⁾

En verdad, como sabemos, Arguedas dominaba el castellano a la perfección y supo crear la forma, el modo verbal, un lenguaje literario, que permitiera hacer hablar en castellano a sus personajes indios, con peculiares matices, aunque estos se comunicaran entre sí en quechua. Se produce así una copresencia del castellano y el quechua en sus textos.

En el Primer Diario, correspondiente a mayo de 1968, de *El Zorro de Arriba y el Zorro de abajo*⁽¹¹⁾, la agonía de las palabras ya se hace en él carne de la agonía de su cuerpo:

“¡Qué débil es la palabra cuando el ánimo anda mal! Cuando el ánimo está cargado de todo lo que aprendimos a través de todos nuestros sentidos, la palabra también se carga de estas materias. ¡Y cómo vibra!”.

Dirigiéndose y recordando a su amigo el escritor Juan Rulfo, sigue escribiendo en su diario: “¿Quién ha cargado a la palabra como tú, Juan, de todo el peso de padeceres, de conciencia, de santa lujuria, de hombría, de todo lo que en la criatura humana hay de ceniza, de piedra, de agua, de pudridex violenta para parir y cantar, como tú?” (Pág. 15). (...) “Porque yo si no escribo y publico, me pego un tiro” (Pág. 21).

En el Segundo Diario, fechado en febrero de 1969, se lee: “Parece que se me han acabado los temas que alimenta la infancia, cuando es tremenda y se extiende encarnizadamente hasta la vejez. Una infancia con milenios encima, milenios de historia de gente entremezclada hasta la acidez y la dinamita. Ahora se trata de otra cosa” (Pág. 97-98).

En el Tercer diario, fechado en mayo de 1969, escribe: “... he vuelto a sentirme sin chispa, sin candelita para continuar escribiendo. Quizá sea porque he ingresado a la parte más intrincada del curso de las vidas que pretendo contar y en las que mi propio intrincamiento en vez de encontrar el camino del desencadenamiento pretende desbocarse o se opaca, porque... Bueno” (Pág. 204).

En el llamado Último Diario, fechado en agosto de 1969 y corregido en Lima por él mismo en octubre de ese mismo año, cuando ya ha decidido suicidarse, anota:

“...Quizá conmigo empieza a cerrarse un ciclo y a abrirse otro en el Perú y lo que él representa; se cierra el de la calandria consoladora, del azote, del arrieraje, del odio impotente, de los fúnebres “alzamientos”, del temor a Dios y del predominio de ese Dios y sus protegidos, sus fabricantes; se abre el de la luz y de la fuerza liberadora invencible del hombre de Vietnam, el de la calandria de fuego, el del dios liberador, Aquel que se reintegra” (Pág. 286-287).

En carta a su editor en Buenos Aires, Argentina, don Gonzalo Losada, de agosto de 1969, que va como Epílogo en el volumen que estamos citando, le dice:

“Como estoy seguro que mis facultades y armas de creador, profesor, estudioso e incitador, se han debilitado hasta quedar casi nulas y sólo me quedan las que me relegarían a la condición de espectador pasivo e impotente de la formidable lucha que la humanidad está librando en el Perú y en todas partes, no me sería posible tolerar ese destino. O actor, como he sido desde que ingresé a la escuela secundaria, hace cuarentaitrés años, o nada” (Pág. 290).

También escribe, en la carta al Rector de la Universidad Agraria y los jóvenes estudiantes de la misma, fechada el 27 de noviembre, un día antes de que se disparara la bala que le destrozó el cráneo y que le haría fallecer, luego de lenta agonía, el 2 de diciembre de 1969: “Me retiro ahora porque siento, he comprobado que ya no tengo energía e iluminación para seguir trabajando, es decir, para justificar la vida” (Pág. 293).

Ese sentimiento de impotencia para expresarse como escritor, que le abrumó hasta desbordarle al final de su vida, lo padeció también, en algún momento, César Vallejo cuando escribió: “Quiero escribir pero me sale espuma, / quiero decir muchísimo y me atollo; / no hay cifra hablada que no sea suma, / no hay pirámide escrita, sin cogollo. / Quiero escribir, pero

me siento puma; / quiero laurearme, pero me encebollo” (Intensidad y Altura).

Al celebrarse este año el centenario del nacimiento de José María Arguedas, rendimos homenaje al gran escritor que sigue haciéndonos conocer el Perú profundo a través de la vigencia y universalidad de su monumental obra, que comprende textos literarios, novelas, cuentos, poemas y ensayos, así como sus textos etnológicos sobre mitos, leyendas, danzas, costumbres, música popular y folklore. Él es un símbolo, a través de su obra, de ciertas esencias espirituales andinas, profundas y fuertes, que actúan como semillas culturales y se proyectan, bajo nuevas formas, en el presente y emergerán en el porvenir. Con él podemos decir, en versos de César Vallejo: “i Sierra de mi Perú, Perú del mundo, / y Perú al pie del orbe; yo me adhiero!”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- (1) **No Soy un aculturado.** En José María Arguedas *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Editorial Losada, 1971; Pág. 296.
- (2) Mario Vargas Llosa: **La utopía arcaica, José María Arguedas y las ficciones del indigenismo.** Alfaguara. Santillana, Lima, 2008; Págs. 9 y 11.
- (3) Marco Martos: **Naturaleza y lirismo en Los ríos profundos.** En José María Arguedas, *vida y obra*. Edición de Hildebrando Pérez y Carlos Garayar. Amaru Editores, Lima, 1991; Pág. 157.
- (4) José María Arguedas: **Diamantes y pedernales.** Temática Editores Generales, Lima, edición 2010; Págs. 23-24.
- (5) Mario Vargas Llosa, Ob.Cit., Pág. 284.
- (6) Julius Évola: **Revolución contra el mundo moderno (I Parte)**, Cap. 7. En: <http://www.upasika.com/juliussevola.html>
- (7) José María Arguedas: **Los ríos profundos.** Editorial Horizonte, Lima, edición 1993; Págs. 91-92.
- (8) José María Arguedas: **Indios, mestizos y señores.** Editorial Horizonte, Lima, 1987. Págs. 163-168.
- (9) Alejandro Romualdo: **Arguedas: poesía de la resistencia.** En José María Arguedas, *vida y obra*. Edición de Hildebrando Pérez y Carlos Garayar. Amaru Editores, Lima, 1991; Pág. 207.
- (10) José María Arguedas: **Entre el kechwa y el castellano, la angustia del mestizo.** La Prensa, Buenos Aires, 24 de setiembre de 1939.
- (11) José María Arguedas: **El zorro de arriba y el zorro de abajo.** Editorial Losada, Buenos Aires, 1971.